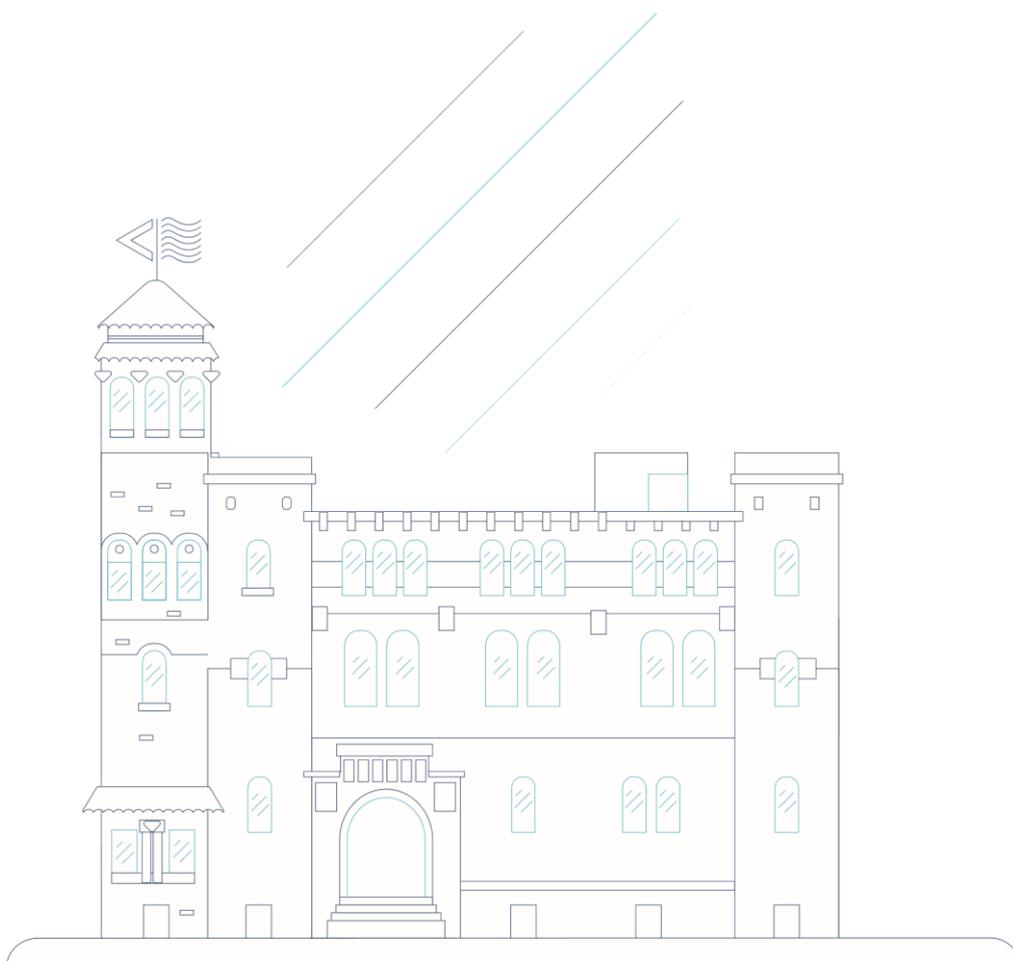




UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

| uma.es

SOLEMNE ACTO DE INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA DE BERNARDO QUINTERO RAMÍREZ



DISCURSO DE BERNARDO QUINTERO RAMÍREZ. SOLEMNE ACTO DE INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Málaga, 20 de marzo, 2025. Excelentísimo Sr. Rector Magnífico, autoridades académicas, profesores, compañeros de informática, amigos y familia:

Recibir este Doctorado Honoris Causa es un honor inmenso, pero también una invitación a la reflexión. Cuando supe que la Universidad de Málaga me otorgaba esta distinción, lo primero que hice fue mirar atrás y preguntarme: ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Y la respuesta es muy clara: gracias a la educación pública.

Si tuviera que elegir un solo hilo conductor en mi historia, sería ese. La educación pública no solo me dio acceso al conocimiento, sino que me ayudó a descubrirme a mí mismo, me permitió encontrar mi vocación y me conectó con personas clave en mi camino. No solo marcó mi etapa de formación, sino que ha seguido acompañándome y potenciando mi desarrollo profesional a lo largo de los años, hasta el día de hoy, y de hecho continúa.

Porque el talento está en todas partes, pero las oportunidades no llegan por igual a todo el mundo. ¿Cuántas historias valiosas se perderían sin una educación accesible y de calidad?

Mi historia comienza en una familia humilde de provincia, en Vélez-Málaga. Mi padre, celador en el Servicio Andaluz de Salud, y mi madre, ama de casa, hicieron todo lo posible para que sus hijos tuvieran más oportunidades que ellos. Pero el esfuerzo de una familia, por grande que sea, no basta si no existe un sistema que lo respalde. Un sistema que garantice que cualquier niño o niña, sin importar de dónde venga, pueda llegar tan lejos como su talento y su esfuerzo se lo permitan.

La educación pública es ese sistema. Es el mejor ascensor social que existe. Es el mayor acto de justicia que una sociedad puede hacer por su futuro. Y, además, es la mejor inversión posible, porque el conocimiento no solo cambia la vida de quien lo recibe, sino que se multiplica, regresa y transforma la sociedad.

Hoy, al recibir este reconocimiento, no puedo evitar pensar en todas las personas que, a lo largo de mi vida, hicieron posible que llegara hasta aquí. Porque, si algo he aprendido, es que nadie llega solo. Siempre hay alguien que nos da un empujón en el momento adecuado, que nos abre una puerta, que nos muestra lo que aún no somos capaces de ver en nosotros mismos.

Por eso, quiero compartir la historia de algunas de esas personas que se cruzaron en mi camino y que, tal vez sin saberlo, marcaron mi destino. Porque estoy convencido de que en esta sala hay muchas personas que, sin ser conscientes de ello, están transformando la vida de alguien, como transformaron la mía.

Así que déjenme contarles cinco historias. Cinco momentos clave en los que un mentor cambió mi camino. Cinco pruebas de que la educación, en cualquiera de sus formas, es el acto de impacto más poderoso que existe.

Viajemos a 1979, al colegio público Zona Sur de Vélez-Málaga.

Si les dijera que de pequeño no me gustaba la escuela, me quedaría corto. Era un niño difícil, extremadamente tímido y que no comenzó a desarrollar la comunicación verbal hasta pasados los tres años. Tras mi paso por el parvulario, mi futuro escolar no pintaba bien.

Hasta que apareció "la hippy", como la llamaban en el colegio.

Era mi profesora de 1.º de EGB. Una mujer diferente. Vestía distinto, tenía un aire moderno y, sobre todo, enseñaba de una forma que nadie más lo hacía. Donde otros veían un problema, ella veía un desafío.

Mi padre estaba preocupado. Ya le habían llamado varias veces del colegio por mi comportamiento el año anterior, durante el parvulario. Así que una mañana, decidió ir a comprobarlo por sí mismo como me iba en el nuevo curso.

Se acercó a la ventana del aula y miró dentro.

Lo que vio lo dejó completamente desconcertado.

Yo estaba sentado en las rodillas de la profesora, tranquilo, concentrado... explicándole, yo a la profesora, cómo resolver un rompecabezas, cómo resolver un cubo de Rubik.

Para mi padre, aquello no tenía sentido. Hasta ese día, mi relación con el colegio había sido un campo de batalla. ¿Qué había cambiado? Cuando entró en la clase, la profesora le explicó:

"Este niño no tiene problemas de aprendizaje. Solo necesita aprender de otra manera".

En lugar de forzarme a seguir la norma y el ritmo de los demás, había encontrado una puerta de entrada a mi curiosidad. En lugar de verme como un problema, había visto un potencial que otros no habían identificado. Ella me logró reconducir y me salvó del fracaso escolar.

La educación pública es mucho más que acceso gratuito al conocimiento. Es un sistema que, cuando funciona bien, permite que cada estudiante encuentre su lugar.

Si la profesora "hippy" fue la primera en ver algo en mí que yo mismo no veía, muchos años después apareció otra persona que marcaría un nuevo punto de inflexión en mi vida.

Porque una cosa es descubrir qué puedes aprender... y otra muy distinta es encontrar para qué quieres aprender.

Demos un salto en el tiempo. Estamos en 1991, mi primer año en la Universidad de Málaga.

Había conseguido acceder a la universidad con una beca tras obtener matrícula de honor en COU, un reconocimiento al esfuerzo que me hizo valorar aún más el papel de la educación pública: un sistema que premia el talento y amplía las oportunidades, permitiendo que más personas, independientemente de su origen, puedan desarrollar su potencial.

Después de años soñando con estudiar informática, y habiendo aprendido a programar de forma autodidacta desde los 10 años con un ZX Spectrum, esperaba llegar a la UMA y empezar a desarrollar software innovador desde el primer día.

Pero en lugar de eso, me encontré con Matemáticas, Física, Sistemas Digitales... y una asignatura llamada "Informática General" en la que programábamos algoritmos básicos con lenguaje de programación Pascal.

¿Pascal? ¿Por qué tenía que aprender Pascal si existían lenguajes de programación más potentes y versátiles?

Mi entusiasmo inicial empezó a desinflarse. Sentía que la teoría me alejaba de lo que realmente quería hacer. Pero, como ya me había sucedido antes, en el momento adecuado apareció alguien que me puso frente a una oportunidad que cambiaría mi camino.

Un día, en la asignatura de Informática General, el profesor Adolfo del Cid hizo un comentario que captó mi atención:

— Quien quiera, puede presentar un proyecto de programación para subir nota.

Para mí, eso era justo lo que necesitaba. Si tenía que aprender Pascal, que fuera aplicándolo en algo que realmente me motivara.

Cuando terminó la clase, me acerqué a él.

— Me gustaría hacer un proyecto para subir nota.

— ¿Tienes algo en mente?

— Me gusta programar videojuegos. Podría intentarlo en Pascal.

Adolfo cruzó los brazos, pensativo.

— ¿Aparte de videojuegos, qué más has programado?

— Un programa de contabilidad para la academia de mi padre, una aplicación de gestión de recibos, gráficos, utilidades de disco... y antivirus.

Levantó la cabeza con interés.

— ¿Antivirus?

— Sí, hice uno para detectar virus en el sector de arranque de los disquetes hace unos años.

Hubo un breve silencio. Luego, con una media sonrisa, Adolfo dijo algo que jamás olvidaré:

— Muy bien. Acompáñame a mi despacho.

Al llegar, encendió su ordenador, se giró hacia mí y señaló la pantalla.

— Aquí lo tienes. A ver qué puedes hacer.

Toda la facultad estaba infectada con un virus que ningún antivirus reconocía. Aquel fue mi bautizo real en la ciberseguridad.

Pasé muchas horas analizando el virus. Lo desmonté, estudié su código y descubrí cómo funcionaba. Cuando terminé, había desarrollado un antivirus capaz de eliminar la amenaza que afectaba a toda una universidad.

En ese momento supe, sin ninguna duda, que aquello era lo que quería hacer.

Que, en lugar de desarrollar software convencional, lo mío era analizar código malicioso y entender cómo funcionaban las amenazas. Había encontrado en primero de carrera mi vocación.

Y es que los profesores no solo están para enseñar materias y evaluar, sino también para animarnos a explorar nuevos caminos donde aplicar lo aprendido y, sobre todo, aprender haciendo.

Si Adolfo del Cid no me hubiera escuchado aquel día, si no me hubiera dado la oportunidad de ir más allá del temario, tal vez hoy no estaría aquí.

Así que, cuando hablamos del valor de la educación pública, no es solo porque democratiza el acceso al conocimiento. Es porque, cuando funciona bien, transforma el potencial de un estudiante en un propósito de vida.

Avanzamos hasta el año 2000. Ya tenía claro que quería dedicarme al análisis de malware y la ciberseguridad, pero no solo como empleado en una empresa. Quería emprender, crear mi propia compañía.

El problema era que en España apenas existía un ecosistema de ciberseguridad. No había referentes claros, ni muchas empresas dedicadas exclusivamente a ello.

Y, como cualquier emprendedor primerizo, tampoco tenía una hoja de ruta definida.

Pero si algo había aprendido hasta ese momento es que las oportunidades no aparecen solas: hay que salir a buscarlas.

Así que decidí contactar con el Parque Tecnológico de Andalucía, el epicentro de la tecnología en Málaga.

En su web recomendaban escribir a un correo comercial para solicitar información sobre oficinas disponibles. Pero también encontré el correo del director del PTA, Felipe Romera, y pensé: ya que estamos, vamos a intentarlo por la puerta grande.

Para mi sorpresa, me respondió rápidamente con una invitación para reunirnos en su despacho.

Cuando llegué a su oficina, llevaba conmigo varios ejemplares de la revista PC Actual, donde había publicado artículos sobre seguridad informática. Felipe me escuchó con atención mientras le explicaba mi idea:

— Quiero montar una empresa de seguridad informática, le dije. Algo que en España todavía no existe.

Felipe cruzó los brazos, me miró y me lanzó una frase que se me quedaría grabada:

— Aquí cabemos todos... menos los que no hacen nada.

Era su forma de decirme: si tienes una idea, adelante. Aquí no hay barreras para intentarlo.

Por mucho tiempo, pensé que en aquella reunión lo deslumbré con mis ideas, o que tal vez vio algo especial en mí que le hizo apostar por mi proyecto.

Pero años después, descubrí la verdad.

En una conferencia, Felipe explicó cómo había aprendido de Silicon Valley que es imposible predecir qué ideas o personas van a triunfar. Por eso, su estrategia no

era seleccionar a unos pocos "elegidos", sino apostar por todos, diversificar, dar oportunidades y dejar que el ecosistema hiciera su trabajo.

Su razonamiento era simple:

El éxito puede surgir desde cualquier lugar.

No se puede saber de antemano quién va a destacar.

Lo importante es crear un entorno donde las ideas puedan crecer.

Con su habitual toque de humor, Felipe nos llamaba cariñosamente, a los que llegábamos sin experiencia ni recursos, "unos mataos", pero tenía claro que cualquier "matao" podía ser un diamante en bruto que, con las condiciones adecuadas, terminara brillando en el ecosistema de innovación.

Y eso es exactamente lo que hace la educación pública.

Porque el verdadero valor de la educación pública no es solo dar acceso al conocimiento, sino apostar por todos, sin filtros previos, sin descartar a nadie de entrada, permitiendo que el talento emerja de donde menos se espera.

Ese día, sin yo saberlo, Felipe Romera me aplicó la misma lógica: dar una oportunidad a un "matao" de provincia que quería hacer ciberseguridad en España cuando ese mercado apenas existía.

Y gracias a esa oportunidad, Hispasec pudo nacer.

Lo que empezó como un pequeño experimento se convirtió en el trampolín que nos llevó a crear VirusTotal, y años más tarde, cuando Google adquirió la empresa, esa apuesta inicial nos permitió aterrizar la primera pequeña oficina de Google en Málaga.

Pero si algo aprendí en este camino es que crear algo innovador es solo el principio.

El verdadero desafío no era solo crear tecnología, sino construir un ecosistema que la hiciera crecer, atrajera talento y generara impacto real en nuestra ciudad.

Y, una vez más, la Universidad de Málaga fue clave. Esta vez, de la mano de Javier López, catedrático y pionero de la ciberseguridad en España, quien desempeñó

un papel fundamental para que aquella pequeña semilla que había logrado plantar no solo creciera, sino que se convirtiera en lo que hoy conocemos como el "caso Google Málaga".

Ya había tenido la oportunidad de conocer a Javier López en 1998, cuando apenas comenzaba mi carrera en ciberseguridad. En aquel entonces, él ya era punta de lanza académica de la ciberseguridad en España, liderando el esfuerzo desde la UMA.

Sin embargo, no fue hasta después de la adquisición por parte de Google cuando retomé el contacto con él con una idea clara: crear un programa de formación específico que nos permitiera desarrollar talento altamente especializado en Málaga, para que nuestro equipo creciera de manera orgánica y sostenible en la ciudad.

Así nació el Diploma de Experto Universitario en Ingeniería Inversa e Inteligencia de Malware, un programa que diseñamos e impartimos conjuntamente entre profesores de la UMA e ingenieros de Google.

El impacto ha sido extraordinario: ha sido el título de experto que más ingenieros ha aportado a nuestro equipo, convirtiendo a la Universidad de Málaga en la institución que más talento ha incorporado a los equipos de I+D de Google en todo el sur de Europa.

Además, apostamos por la diversidad: cada año ofrecemos 10 becas exclusivas para mujeres, en línea con el esfuerzo de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Informática de la UMA, que este año ha logrado situar el porcentaje de mujeres matriculadas cuatro puntos por encima de la media nacional.

Pero la relación con la UMA no se quedó ahí.

En 2015, cuando nuestro equipo había crecido y aquel pequeño chalet que hacía de oficina de Google se nos quedaba corto, fue la Universidad de Málaga la que nos abrió las puertas del Edificio de Investigación Ada Byron.

Allí nos convertimos en vecinos del grupo de ciberseguridad NICS Lab, dirigido por Javier López, estrechando aún más nuestra colaboración en formación, investigación y desarrollo.

Como curiosidad, fue en ese momento cuando conocí a Teo López, quien por aquel entonces era vicerrector de Investigación y Transferencia y hoy es nuestro Ilustre Rector. Fue él quien facilitó nuestro traslado al Edificio de Investigación Ada Byron, otro paso clave en la consolidación del ecosistema de ciberseguridad en Málaga.

En los últimos años, otra persona fundamental en este camino ha sido Manolo Enciso, director de la Escuela Técnica Superior de Informática. Con él, porque a ambos nos gusta hacer cosas, inauguramos el aula de coworking sufragada por Google dentro de la Escuela, creando un espacio para que los estudiantes pudieran desarrollar sus ideas y proyectos en un entorno de innovación.

Pero quizás uno de los hitos más importantes fue la creación del primer doble grado de Ciberseguridad e Inteligencia Artificial en España, posicionando a la UMA como líder en la formación de talento en dos de las disciplinas más estratégicas del presente y futuro.

Recientemente, la Universidad de Málaga se ha convertido también en la primera universidad española seleccionada por Google a nivel europeo para poner en marcha un programa de Seminarios de Ciberseguridad, gracias a un proyecto diseñado por la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Informática, con una financiación de un millón de dólares para formar a estudiantes en esta disciplina clave.

Estos son solo algunos ejemplos de cómo la Universidad de Málaga, nuestra Universidad Pública, nuestra UMA, se ha convertido en el socio estratégico más importante para transformar Málaga en un referente internacional en ciberseguridad, y en un pilar fundamental para que Google apostara por esta ciudad con la instalación de su Centro de Excelencia en Ciberseguridad para toda Europa.

Pero si algo he aprendido en este camino, es que el conocimiento y las oportunidades no siempre llegan de los lugares más evidentes. Las universidades, las empresas, los programas de formación son fundamentales... pero el aprendizaje también ocurre en lo cotidiano, en nuestro día a día, a veces de formas inesperadas y sin que siquiera seamos conscientes de ello. Porque todos, con nuestro ejemplo, dejamos una huella en quienes nos rodean.

Y es que si miro atrás, antes de Google, antes de VirusTotal, antes de la Universidad de Málaga, hubo una persona que, sin ser consciente de ello, me dio la lección más valiosa sobre emprendimiento, esfuerzo y determinación.

Ese fue mi padre.

Mi padre, de origen muy humilde, teniendo que trabajar desde pequeño, terminó ocupando un puesto como celador en el Servicio Andaluz de Salud. Un empleo estable, seguro, con una nómina asegurada cada mes. Como cualquier padre, quería lo mejor para sus hijos, y para él, lo mejor significaba seguridad laboral.

Por eso, desde que tuve edad para entenderlo, me repetía una y otra vez:

— Bernardo, tú tienes que ser funcionario.

Ese era su gran consejo. Funcionariado. Seguridad. Una nómina fija cada mes.

Y, sin embargo, mientras me decía esto, hacía exactamente lo contrario.

Porque además de su trabajo en el ambulatorio, mi padre montó una academia de mecanografía en el salón de nuestra casa. Un pequeño negocio propio, en una época en la que escribir a máquina era una habilidad esencial.

Pero no se conformó con eso. Por las noches, seguía formándose en contabilidad, taquigrafía y estenotipia, incorporando cada nuevo conocimiento al negocio familiar. Lo que empezó siendo una sencilla academia de mecanografía se convirtió en mucho más: en un proyecto lleno de esfuerzo y crecimiento que terminó siendo el principal sustento de nuestra familia.

Desde los 14 años, yo pasé a estudiar bachiller en el turno de nocturno para abrir por las mañanas la academia familiar, ayudando a gestionar las clases, atendiendo a los alumnos, viendo cómo funcionaba un negocio, mientras mi padre estaba trabajando en el ambulatorio. Por la tarde nos pasábamos el relevo, yo iba a clases al instituto para mis estudios de bachiller y él se hacía cargo de la academia.

Así que, aunque con sus palabras me insistía en que buscara un empleo seguro, con su ejemplo me estaba dando una lección mucho más valiosa. Sin saberlo, me estaba ofreciendo una auténtica masterclass sobre emprendimiento basada

en principios sólidos: la ética del trabajo, la constancia y la capacidad de ver oportunidades donde otros ven problemas.

Un aprendizaje que, años más tarde, me llevaría a emprender en ciberseguridad, a crear VirusTotal y, tras la adquisición por parte de Google, a seguir apostando por el emprendimiento y la formación de base como la clave para construir un ecosistema tecnológico en Málaga.

Mirando en retrospectiva, me doy cuenta de que mi historia con la UMA, con Google Málaga y con el ecosistema de ciberseguridad de la ciudad no es tan diferente a aquella pequeña academia de mecanografía en el salón de mi casa. En ambos casos, lo que empezó siendo un esfuerzo pequeño, casi improvisado, terminó convirtiéndose en algo mucho más grande gracias a la perseverancia, el aprendizaje constante y, sobre todo, las oportunidades adecuadas en el momento adecuado.

Porque si Málaga se ha convertido en un polo de referencia en ciberseguridad, no ha sido por casualidad. Ha sido porque universidad e industria han trabajado juntas, creando un círculo virtuoso donde la inversión genera talento y el talento atrae inversión.

Y en ese círculo, la educación pública vuelve a demostrar su verdadero valor: No solo forma profesionales. Transforma el tejido económico y social de una ciudad.

Pero este no es un proceso automático. Necesita compromiso.

Por eso, quiero hacer un llamamiento al tejido empresarial y especialmente a las tecnológicas:

No basta con buscar talento en el mercado, hay que ayudar a crearlo.

Y para ello, no hay mejor aliado que la Universidad de Málaga.

Porque el impacto de la educación no se mide solo en cifras, sino en personas.

En esta sala hay muchos profesores, investigadores, empresarios, padres, madres...

Y muchos de ustedes, tal vez sin ser conscientes de ello, son hoy los mentores que están cambiando el futuro de alguien.

Quizás no lo sepan todavía.

Quizás ese estudiante que parece distraído en clase será, dentro de 10 o 20 años, alguien que transforme su sector.

Por eso, este Doctorado Honoris Causa no es solo un reconocimiento.

Es un compromiso.

Un compromiso para seguir apostando por la educación pública, por la innovación, por el talento de Málaga.

Para que más jóvenes, sin importar de dónde vengan, puedan encontrar su propio camino.

Porque, al final, el éxito no es lo que uno consigue para sí mismo.

El verdadero éxito es lo que eres capaz de generar para los demás.

Muchas gracias.